

F1391

.J8

A8



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## PROLOGO

Las páginas que siguen contienen el relato de una de las luctuosas horas de nuestra vida nacional; pero á través de las sencillas narraciones hechas ante un inflexible Juez Militar por militares que empeñaron su honor de producirse con verdad, y de las declaraciones de personas de elevada investidura actual, resalta de relieve, repujada por el acento de la sinceridad, una verdad incontrovertible: el Sr. General Brigadier D. Juan J. Navarro, rindió la plaza de Ciudad Juárez después de batirse heroicamente durante cincuenta y dos horas contra un enemigo muy superior en número, rodeado con sus tropas de elementos hostiles, y cuando ya las fuerzas físicas de sus subordinados habían decaído á causa de la falta de alimentos y agua, durante los tres días del combate.

Esta es la conclusión que resulta de la lectura de más de cien testimonios irrefutables. ¡Gloria y honor al Jefe vencido!

El General Brigadier Juan J. Navarro, el anciano venerable cuya lealtad á toda prueba, cuyo valor temerario demostrado en numerosísimos combates, era una garantía de probidad y celo militar, fué comisionado para defender la Plaza de Ciudad Juárez contra el probable ataque de las fuerzas revolucionarias al mando del C. Francisco I. Madero.

La escasez de personal para cubrir todas las líneas de defensa en el extensísimo perímetro de la plaza, dejando un cuerpo de ejército de reserva y aprovisionamiento, hubiera hecho flaquear á un ánimo menos esforzado que el del valiente General Navarro, quien, con un elevado concepto del honor militar, con un conocimiento profundo del estoicismo de raza de nuestras abnegadas tropas, con una clarividencia segura de que sus hombres pelearían hasta morir, con la conciencia del alto deber confiado á su honor de soldado,

rechazó dignamente cuantas proposiciones y sugerencias se le hicieron para esquivar el duelo, aun aquella que le garantizaba la salida de la plaza con todas sus fuerzas y pertrechos para colocarse á lejana distancia de la ciudad. Obstinadamente se negó á aceptar ninguna proposición que en algo pudiese menoscabar ó poner en tela de juicio su conducta diáfana y pura en aquel trance supremo, como en todos los actos de su vida, consagrada por entero al servicio de la patria. Así lo manifestó serena y tranquilamente á los distintos emisarios del Sr. Madero, fundándose en que "el soldado mexicano no tiene otra misión que cumplir y hacer cumplir las órdenes que recibe." Así contestó Leonidas á Jerjes que le intimaba á entregar sus armas: "Ven á tomarlas."

Y, como el General Navarró en Ciudad Juárez, entendieron el honor militar dos grandes figuras de nuestra historia: el General Anaya en el Molino del Rey y el *Guzmán mexicano* General Régules.

El espíritu queda sobrecogido de admiración delante de aquellos tres terribles días de combate, con tropas desfallecientes de hambre y de sed, abrumadas por el intenso calor canicular de aquellas latitudes, con soldados extenuados por la enorme fatiga que, según la expresión del pundonoroso Sr. Mayor Pulido "se dejaban matar inconscientemente," después de haber peleado sin descanso día y noche durante cincuenta y dos horas. El alma estoica de los tomochitecos encarnó en aquellos viriles ejemplares de nuestra raza, asombrando hasta la estupefacción á los americanos de El Paso, Texas, que pudieron allí tomar ejemplo objetivo de la fortaleza de ánimo del soldado mexicano.

Las tropas leales caían al empuje avasallador del número, bajo la granizada de bombas de dinamita lanzadas por los rebeldes; otras veces cazados por la espalda por los simpatizadores de la revolución que habitaban las casas, ó por los mismos revolucionarios que ya se habían apoderado de ellas, sin que el ardor de las tropas cesara, sin que su entusiasmo disminuyera, sin que el pavor se enseñoreara de aquellos hombres resueltos á morir, estimulados por su General en Jefe.

La imaginación busca ejemplos en la historia, de igual ardimiento, de igual resignación, de igual bravura, y apenas halla semejanza de este episodio sublime, en los tiempos antiguos, con la rendición de Troya; y en los modernos con la rendición de Oaxaca al mando del Sr. General Díaz ó con la de González Ortega en Puebla.

Cuando las pasiones de partido se hayan extinguido; cuando los odios y

prejuicios hayan dejado el sitio á la juiciosa observación del historiador, entonces, serenamente el alma popular abrirá las puertas de su admiración generosa y entusiasta hacia el héroe que llevó á cabo una proeza digna de un canto de Homero y de que la poesía se estremezca, cantando la hazaña de aquel grupo de valientes que sucumbieron, no solamente al peso abrumador del número, sino á los rigores del hambre y la sed, y cuando ya las fuerzas físicas de las tropas se hallaban completamente exhaustas.

La rendición de Ciudad Juárez es una de las páginas épicas que dan lustre y honor al soldado mexicano, y la piedra angular del monumento que ha de levantarse más tarde al General Brigadier Juan J. Navarro, como símbolo de lealtad, de valor y de pundonor militar.

Su recordación será el mejor homenaje á una vida consagrada por entero al servicio de la patria, y, en sus postreros días, pretendida manchar infame y cobardemente, por la calumnia, la envidia y demás vulgares pasiones de la miseria humana.

México, Mayo de 1913.

AURELIO PEREZ PEÑA



